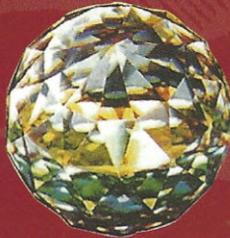


LUCUS

Espacio, tiempo y religión



Revista de la Asociación Asturiana
de Ciencias de las Religiones (ASACRE)

OVIEDO 2000

LUCUS

Revista de la Asociación Asturiana de Ciencias de las Religiones

Director

Jesús Avelino de la Pienda

Secretario

Miguel Ángel Cadrecha

Comité Consultivo

Dres. José Luis Rodríguez Molinero (Salamanca), Vicente José González García (Oviedo), Emilio Galindo Aguilar (Madrid), Modesto Berciano Villalibre (Oviedo), Ángel Aguirre Baztán (Barcelona), Clarc Colahan (Washington), Julio Concepción Suárez (Oviedo), Jesús Díaz y Díaz (Oviedo)

Redacción, Secretaría, Intercambio y Suscripciones

Lucus. Revista de la Asociación Asturiana de Ciencias de las Religiones
Departamento de Filosofía. Despacho 111
Campus Milán. 33011-Oviedo
Teléfono: 985257381. Fax: 985233912

ISSN.: 1576-2866
D.L.: AS/996-2000.

Edita e imprime:
Servicio de Publicaciones. Universidad de Oviedo

Lucus

Al buscar un título para nuestra Revista pareció muy apropiado el de "Lucus" por su relación con el nombre de la antigua ciudad que ocupó el centro de la Asturias Transmontana.

Ptolomeo, en su *Geografía*, la llama *Lykos Astyron* y equivale al *Lucus Asturum* que algunos interpretan como "bosque sagrado" o "dios de la luz" (*Luc* o *Lugh*).

Su religión: autóctona e imperial cambió en el S. IV tras la conversión de Constantino el Grande al cristianismo.

Perteneció al Convento Asturicense hasta que, a principios del siglo siguiente, fue ocupada por los wándalos asdingos originándose, a partir de entonces, una demarcación exenta que, al quedar situada entre el final de la Provincia Tarraconense y el Eo, fue conocida por las Asturias de Transmiera, Santillana y Oviedo.

Surge aquí la Reconquista y durante el reinado de Fruela I († 768) es trasladada a Oviedo la silla episcopal de Lugo: "*urbs magnifica ubi prius condita fuerat*" o "ciudad magnífica donde primero se había constituido". A partir de entonces va perdiendo su importancia en la medida en que la va adquiriendo la capital del Principado.

En el siglo IX fue residencia de los Obispos de Braga – Dumio y Tuy que habían buscado su refugio en "La Ciudad de los Obispos".

La documentación y referencias tradicionales de los S. V-XI así como los abundantes vestigios arqueológicos descubiertos muestran la relevancia extraordinaria de esta ciudad que por la situación estratégica, por su gran antigüedad y por su historia civil y religiosa merece figurar como título de esta Revista de la Asociación Asturiana de Ciencias de las Religiones (ASACRE).

Índice

Prefacio	7
1. Julio Concepción: <i>Toponimia, tiempo y cultura</i>	11
2. Modesto Berciano Villalibre: <i>Análisis de algunos fenómenos religiosos en Pablo, según M. Heidegger</i>	41
3. Fernando Bahr: <i>Pierre Bayle. El Dios cristiano frente al mal</i>	79
4. José Antonio Martínez: <i>Hans Küng: Proyecto de una ética universal</i>	113
5. Miguel Angel Cadrecha: <i>Doce recetas de felicidad</i>	127
6. Jesús Díaz y Díaz: <i>La mirada en la religión y en la magia</i>	143
7. Vicente José González: <i>Historicidad de la Batalla de Clavijo</i> ...	171
8. Modesto Berciano Villalibre: <i>Kairós, tiempo y eternidad</i>	193
9. J. Avelino de la Pienda: <i>El sentido de la vida y la educación en los mitos del tiempo</i>	221

TOPONIMIA, TIEMPO Y CULTURA

Julio Concepción Suárez

INTRODUCCIÓN Y OBJETIVO

Las palabras que siguen son el resultado de una serie de trabajos realizados por las montañas asturianas con un solo objetivo: descubrir las bases toponímicas que se repiten por toda nuestra geografía regional entre *Abres, Ibias y Peñamellera*, o entre *El Naranco* de Oviedo, las *Ubiñas* de Lena, o Pena Sobia de Teverga y de Quirós.

En medio de toda esta cordillera quedan las brañas y los altos de *Narcea, Tineo, Allande, Somiedo, Teverga, Quirós, Aller, Casu, Tarna, Ponga, Amieva, Onís, Cabrales*.

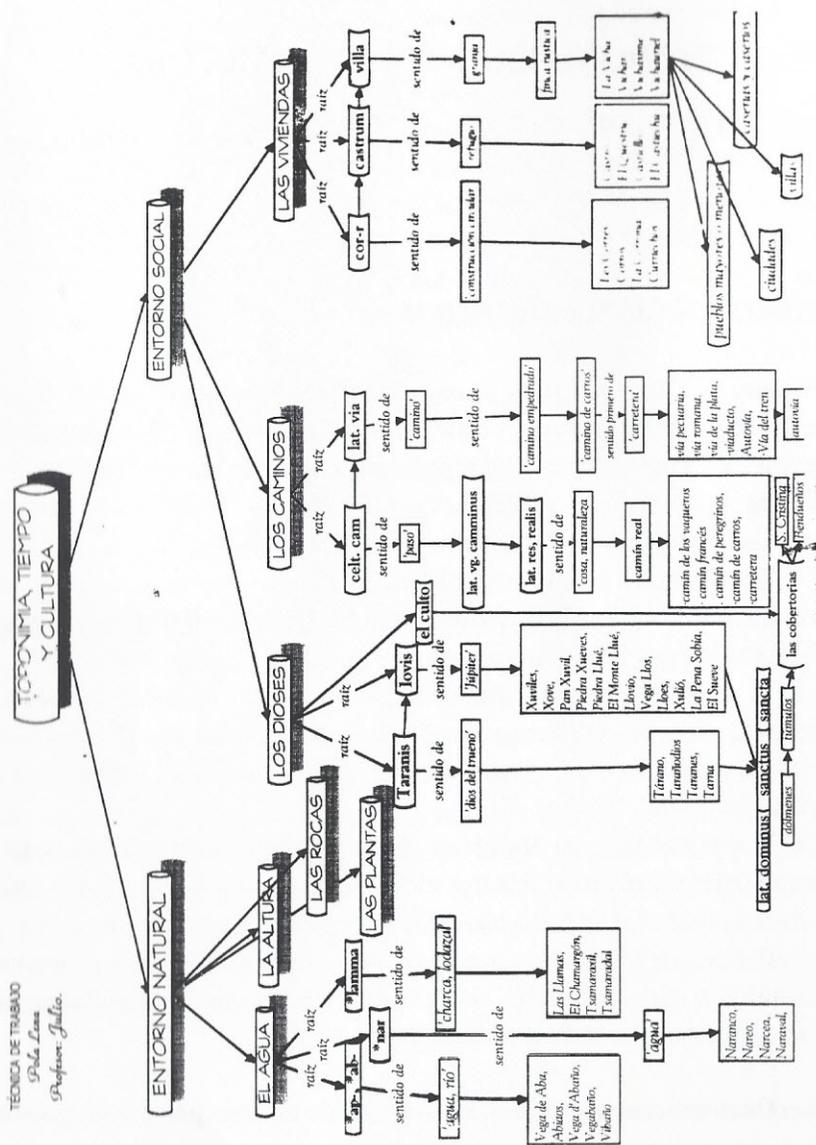
El objetivo es, pues, buscar entre los riscos de estas montañas todas aquellas raíces léxicas y toponímicas que unen (en el espacio y en el tiempo) nuestra lengua y nuestra cultura asturiana, bastante más que nos separan.

Y si el trabajo y las andaduras son largas, el resultado es más sencillo: a juzgar por el léxico y la toponimia, la vida en los *corros* de los altos y entre las *cabanas* de las brañas, debió ser parecida en todos los casos.

Existe, en efecto, una reutilización y continuidad con el medio natural y social inmediato, sin más diferencias que las aportaciones nuevas traídas por cada cultura de paso.

Unas mismas raíces léxicas, más allá de los tiempos y los espacios

Siempre se observa esa reutilización ininterrumpida de lo que hay (de lo indígena), por parte de los que llegan (los que intentan los



cambios): en ocasiones, hasta se aprecia una convivencia (y convivencia) de nombres sobre un mismo lugar geográfico.

Y así llegamos hasta nuestros mismos días, cuando las rutas turísticas más comerciales vuelven a trillar las *vías romanas*, las sendas de la transhumancia, las *vías pecuarias*, los caminos de las *balatas*, o los santuarios religiosos, aunque sea transformados.

Por acortar los campos de observación, sólo citamos aquí algunos de frecuencia mayor entre tiempo y tiempo: *el agua, las plantas, los dioses, los caminos, las viviendas...*

Son aquellas realidades más precarias que fueron conformando el lenguaje toponímico desde los primeros balbuceos y monosílabos léxicos, suficientes para sobrevivir y comunicarse sobre el terreno, milenios y milenios atrás.

Y algunos campos en el espacio: entre estas ásperas montañas asturianas, tenemos los mismos nombres que resuenan más brillantes al otro lado de Los Picos de Europa, del Payares o las Ubiñas.

Hasta tienen los alleranos una *Vega la Valencia*; los cabraliegos, un apellido *Lamadrid*; y los lenenses, un *Mayéu* y un *Preu la Barcelona*.

Unas mismas raíces léxicas, en fin, con unas mismas funciones ecológicas y sociales correspondientes en los lugares más dispares, por mucho que nos hayan distanciado los tiempos, las fortunas, y las manipulaciones después.

EL ENTORNO NATURAL

A) EL AGUA

Raíz *ap-, *ab- ('agua, agua que fluye, río')¹

Tal vez sean los lugares del agua los que más tempranamente hayan motivado asentamientos humanos, y, en consecuencia, nombres del terreno.

¹ Martín Sevilla. *Toponimia...*, pp. 25 s.



La Birbitra. L'Acebal.

Un dato es evidente al contemplar cualquiera de nuestros parajes de montaña: en el fondo del valle, a media ladera, o en los *mayaos* más altos de las brañas, lo mismo las casas de los poblados que las *cabañas* de los puertos bajo las peñas, están situadas en la proximidad de zonas marcadas por 'el agua' (siempre con más o menos 'agua').

La raíz *nar ('agua que fluye')

La misma ciudad de *Oviedo* no por casualidad hubo de florecer a los pies del *Naranco* (prerromano, *nar, 'agua que fluye'), con abundante agua en todos sus alrededores: *La Fuente la Plata*, *Las Regueiras*, *Ules*, *Pontón de Vaqueros*...

Ni por casualidad tampoco, muchos ríos y pueblos situados estratégicamente en las riberas de sus cauces comienzan por **Nar**²: *Braña Narcea*, *el río Narcea*, *Narciandi*, *el río Nareo*, *El Monte Nareo*, *Naraval*... Habría que añadir la variante **nor**- (*río Nora*, *Ñora*, *Noreña*, *Noriega*...)

Con estas y otras raíces, en numerosos lugares asturianos, los topónimos responden a referencias hidrográficas correspondientes: *manantiales*, *fuentes*, *fontanas*, *lomas*, *chamargas*, *chagunas*, *chaguetes*, *chagos*, *regueros*, *ríos*, *bisbitones*, *bisbiteras*...

La raíz *ap-, *ab- ('agua, río')

En el mismo orden de los tiempos, encontramos por toda la toponimia prerromana de montaña, sobre todo, voces con este otro referente hidronímico. Es el caso, por ejemplo, de la raíz indoeuropea *ap-, *ab-, con el sentido de 'agua, río'.

A cualquier aficionado a la montaña intriga, ciertamente, el nombre, por ejemplo, de *Vegabaño*: recogida braña de pastores y vaqueros (hoy con Refugio) sobre Soto de Sajambre, entre los puertos asturianos del Toneyu y las majadas leonesas del Escobaño, Beza y Jario.

² Dauzat, Albert. *Dictionnaire*..., p. 490.

La clave del nombre la dan, una vez más, los lugareños de los pueblos: en Soto de Sajambre no dicen *Vega Baño*, sino *Vega d'Abaño*, o *Vega d'Abañu*.

Y no es del todo igual: más que del compuesto latino *ā(qua) + bālnēu* ('agua'), o de *ā(pūd) + bālnēu* (como algunos han interpretado), puede tratarse de un primitivo prelatino **ab- *aba* + sufijo *-anēu*, 'relativo, perteneciente al agua'.

En todo caso, la referencia hidrográfica es evidente en toda la vaguada profunda que se esconde tras los altos de Sabugu, Peña Beza y El Cabroneru, atestiguada por los topónimos hidronímicos de aquel entorno: *L'Escobañu*, *El Llagubeñu*, *Llabeñu...*, que rodean *Vega d'Abañu* (no es el caso de aclarar ahora tantas coincidencias).

La estructura lingüística es evidente entre aquellas peñas: todas las vaguadas conservan lavajos y prolongados neveros en ciertas épocas del año, según el ritmo de los desnieves, los *hinchentes*, y los deshielos.

Y la misma referencia al 'agua' la confirman los vecinos de Soto de Sajambre, como se dijo: cuentan los lugareños mayores que *Vega d'Abañu* es una zona muy arenosa, a la que acudían los canteros de la zona para extraer materiales en las construcciones del entorno (casas, cuerdas, paredes, paredones...). Antes —dicen— *Vega d'Abañu* quedaba frecuentemente inundada tras los deshielos.

Los mismos lugareños de estos pueblos de Sajambre mantienen la voz oral de que toda la majada de *Vega d'Abañu* fue un gran 'lago' que, según ellos, se fue filtrando y secando al tiempo que aumentaron los manantiales en las fuentes de Soto y de Oseya.

Una misma raíz por toda Europa

Y no les faltará razón. La raíz **ap-, ab-, *au-, *abia* es, ciertamente, el origen de numerosas zonas hidrográficas distribuidas por toda Europa (ver Martín Sevilla).

Es el caso de topónimos como *Abiaos*, *Abiegos*, *Abango*, *L'Abiarón* (en Asturias); *L'Abiada* (en Cantabria); *Abiados*, *Río Avia*, *Valdavia* (en León); *Abia*, *Abiego*, *Abiaga* (en el resto peninsular); *Ca l'Avia*,

Aviar.. (en zona catalana); *Avon*, *Aven*, *Avelon*, *Auve*, *Autreppes* (en otras regiones europeas)³

El 'agua' fue y sigue siendo —nadie lo duda— una necesidad condicionante en todo tiempo y espacio: la voz toponímica, la misma en sus comienzos. Hoy con otras técnicas de canalización, la urgencia se nota menos.

La raíz **lama* ('lama, ciénaga, pradera natural en terreno húmedo')⁴

Un segundo campo léxico está integrado por otra amplia base toponímica que tiene, también, por referente 'lugares húmedos ('agua, pero que no fluye)': zonas pantanosas, o praderas anegadas por aguas del subsuelo, en las que frecuentemente se hunden los pasos humanos y animales'.

Es el caso de lugares llamados *Llamas*, *Llamera*, *Llames*, *Tsamás*, *Los Tsamargos*, *Brañachamosa*, *Tsamaraxil*, *Llascalura*, *Chamarreonda...* Y tantas voces más: siempre con zonas 'lamizas, lodazales, cenagales...'

Más tarde, la llegada de la cultura romana no hizo más que mejorar el aprovechamiento de los lugares del agua, identificados ahora con nuevas bases léxicas latinas.

Es el caso de *La Fuente Lacosa*, *Vega Lacosa* (con cultismo y todo), *Tsagüezos*, *Tsaubono*, *El Tsaz*, *La Chaguna*, *La Chaguniecha*, *La Pena Chago*, *El Cheu*, *Los Llagos*, *Tsaeiru*, *La Trema*, *Las Tremas*, *La Tremona...*

En fin, siempre procedían los pobladores en sus asentamientos buscando el agua, lo mismo para la casa y el poblado, que para los altos y los pastos en torno a las *cabanas* en las brañas.

A veces, también, para evitarlo, ciertamente, por los peligros que suponían los excesos: caso de *Tsaseiru* o *Las Tremonas* citados (en los puertos de Quirós y Picos de Europa, respectivamente).

³ J. Concepción Suárez. *Toponimia...*, pp. 241 ss.

⁴ Menéndez Pidal, R. *Toponimia...* pp. 98 ss.

La raíz *or-n-a ('agua agitada')

Cambiando el orden de los tiempos, no es casualidad tampoco que en los altos del Huerna se haya diseñado (casi a las puertas del 2000 y en plena fiebre ecologista) una minicentral que pudo pasarse un *pelín*, con tanto afanar las aguas del río Güerna.

En efecto, *La Minicentral del Güerna* está a punto de dejar seco en los meses del verano todo el cauce de un gran río como el Güerna, con todos los beneplácitos y permisos municipales. Tal es la especulación sobre el agua a costa del entorno de unas maltratadas montañas.

Se ha desvirtuado hasta el propio nombre del río Güerna: etimológicamente, y por derecho propio, el hidrónimo indoeuropeo ***or-n-a**, designaba 'agua corriente, agua agitada'. ¡Quién lo diría en algunos de sus tramos!

En adelante, en pleno verano al menos, las aguas del río Güerna no volverán a 'agitarse' más; y en pleno invierno, con las sequías acostumbradas, a lo peor, tampoco. Quedará ya sólo el nombre para contarlo.

Y de las agitadas aguas del Güerna, a los remansos del río Lena

En paradójico contraste con la voz *Güerna*, pocos kilómetros más abajo, destaca la morfología más reposada y placentera de las aguas del río **Lena**, en referencia, sin duda, al cauce de un río bastante más 'lento, lene, suave, sosegado' (prerromano ***len-**, leve, apacible, moderado').

El contraste de las dos morfologías hidrográficas resalta entre las montañas lenenses: tras las torrenteras, *bisbitones* y *bisbíteras* del río Valgrande y del río Güerna, el cauce del río Lena se torna llano y manso (arremansado) a partir de Campomanes (antes, con más precisión, llamado *Trambasaguas*).

B) EL VALOR DEL ENTORNO: LAS PLANTAS, LA ALTURA, LAS ROCAS, LAS AYALGAS...

Muchos ejemplos podríamos seguir citando acerca del interés investigador de la toponimia como documento imprescindible a la hora de observar el aprecio del entorno por parte de los lugareños de cada pueblo desde tiempo inmemorial.

Eran tiempos de observación, valoración, interés, creatividad, estrategias..., de los habitantes de un valle a partir de los recursos naturales inmediatos que les tocaron en suerte (o en desgracia) entre montaña y montaña, o entre valle y valle.

El caso de las 'plantas'

Podríamos añadir el caso de las **plantas** con nombres prerromanos (*carquexa*, *carámpanos*, *carrascos* y *carrascas*, *xanzaina*, *toxo...*), reutilizadas con valor terapéutico hasta en las propias multinacionales y laboratorios farmacéuticos de nuestros días.

Sirva el ejemplo de la *xanzaina* (*Gentiana lutea* L), que se usó lo mismo para remedio estomacal en las cabañas de los altos, que en el *gillsqui* y la *tónica* en cantidades industriales.

La importancia de las 'rocas'

Podríamos recordar también la importancia de las **rocas** (*ayalgas*, *chalgas*, *cuevas de l'oro*); o los lugares de minerales especiales que explotaron lo mismo los indígenas en *L'Aramo*, o en Riospaso, que los romanos en Tineo, o los alemanes de hoy en las Minas de Belmonte o del Narcea (que bien les va, según parece).

Numerosas leyendas y mitos creó la imaginación popular con estas ilusiones y estos temas de *ayalgas* y *tesoros*: para los romanos y los alemanes (por lo que parece), realidades también.

La perspectiva que siempre infunden los 'altos'

Podríamos añadir, finalmente, el culto a las **alturas**, tan valoradas



Las Capillas. Monsacro.



Las Capillas. Monsacro.

por los prerromanos como por el penúltimo montañero o turista de verdad en Los Picos de Europa, o en las brañas de Somiedo, aunque por razones bien distintas y distantes.

Las alturas siempre fueron consideradas fuente de vida y de salud: el aire y la perspectiva sosegada que siempre dan las vistas desde las cimas es, para muchos hoy, el mejor remedio antiestrés. Antes, la mejor defensa de las emboscadas y boscajes de los valles, o la sede donde se establecían los dioses y convenía complacerlos.

El entorno, en fin, siempre fue valorado creativamente (objetivos y manipulaciones, aparte ahora), desde la más remota antigüedad a nuestros mismos días.

Lo dicen muchos cientos de topónimos, a pesar de la marginación y escaso aprecio que le dan algunos seudoinvestigadores de hoy: el caso de *Llagú*, a las mismas puertas y narices de Oviedo es el ejemplo más notorio.

Un buen científico, ciertamente, nunca desprecia el valor etnográfico, comunicativo, pragmático, de los topónimos motivados por el medio natural y social, bastante más allá de la simple fonética, y de la pura cuestión etimológica o gráfica.

EL ENTORNO SOCIAL

A) LOS DIOSES

Otro de los motivos, sin duda primitivos, para el asentamiento de los nombres de lugar sobre el terreno, fueron los dioses, como se acaba de apuntar. Toda la zona asturiana de montaña está salpicada de teónimos desde occidente hasta oriente (desde Santiago de Abres hasta Peña Mellera).

La divinidad céltica Taranis ('el dios de las tormentas')

Por citar sólo algunos ejemplos, pensemos en *El Puerto Tarna* (en Casu), *La Cuesta Tarna* y *La Cuesta Táranos* (subiendo a Vega de Ario

desde El Cares), *La Peña Taranes* (en Ponga, junto al Tiatordos), *Tarañodiós* (entre Cangas de Onís y Onís, sobre Covadonga), *Tárano* y *Taranín* (en Lena, entre Renueva y Congostinas)...

En todos los casos se da una circunstancia geográfica común: en días de tormenta, los truenos, los rayos y los relámpagos impresionan de forma especial en estas zonas, casi siempre encajonadas entre profundas *foces*, pasos estrechos por el alto de las peñas, erguidas rocas calizas, corrientes de aire en las gargantas... Impresionan las tormentas en lugares con estos nombres.

El dios Taranis por los montes del Puerto Tarna y los altos de Taranes

Por ejemplo, cuentan los vecinos de *Tarna* que, por todos los altos del puerto, las peñas calizas más agudas son castigadas especialmente por los rayos; en cambio, en el propio poblado, tan sólo unos metros más abajo del cordal, las viviendas están libres de las chispas.

Con una salvedad: recientemente la instalación de líneas telefónicas y antenas de todo tipo está atrayendo pequeñas desviaciones de esas chispas, pero que no llegan a dañar los teléfonos, y todo queda en fuertes sustos.

Algo parecido vienen a decir los vecinos de *Taranes*, poblado de Ponga (más al este del *Puerto Tarna*, por tanto), entre las cimas calizas del Tiatordos y los altos de *La Magrera*, cargados de mineral de *fierro*.

La atracción de estas piedras rojizas pesadas que hay bajo las peñas calizas es evidente en días de rayos y relámpagos.

La Garganta del Cares impresiona, ciertamente también, en días de tormenta, pero sobre todo entre *Culiembro* y *Caín*.

Cuentan los pastores de Vega de Ario que, en esta zona del Macizo Occidental de Picos, los rayos se concentran de forma especial en unos puntos: en *El Monte Táranos*, *La Cuesta Táranos* y *La Cuesta Tarna* (pendientes calizas y pastizales subiendo a Vega de Ario por *La Canal de Trea*).

Otros lugares dedicados a la divinidad céltica de las tormentas

Topónimos con la misma base **tarn-** son definidos por los pastores y los vaqueros, siempre en relación con los resplandores de los relámpagos y los efectos temibles de los rayos: muerte de personas y animales, *argaxos* en las peñas, sustos serios cuando alguien queda para contarlo.

Es el caso de numerosos lugares asturianos: *Tárano* (picacho bajo Cabeza Lleroso, en Cabrales); *Tárano* (picacho en Mestas de Con); *Táranu* (sobre Carreña y Asiegu); *Tarañu* (Cangas d'Onís); *Tarno* (en Nava); *Taraniello* (en Yernes y Tameza). Y algunos otros de la geografía regional.

En realidad, *Tarañodiós* (cima de rocas calizas entre los pueblos de Gamonéu y Covadonga) puede dar la clave de la base toponímica, suficientemente estudiada por Martín Sevilla⁵: la divinidad céltica **Tarānis**, el 'dios de las tormentas'.

Y del dios Tárano, al dios cristiano

La interpretación del dios está atestiguada en muchas tradiciones populares. Por ejemplo, en todos los pueblos del Payares entre Campomanes y Fierros, que divisan los picos de *Tárano* y *Taranín* (sobre Renueva), se mantiene una interesante costumbre ritual entre los mayores.

Así, hasta hace unos 15-20 años, cuando empezaba a ponerse oscuro por estas peñas y rompía a tronar, las abuelas hacían a sus nietos sacar **un crucifijo** que, con todo misterio y respeto, colocaban en una ventana o en el *correor*, pero siempre mirando a *Tárano*.

Y bajo el dios, las rocas con los minerales pesados

Mientras tanto, nietos y abuelas balbuceaban alguna oración apresurada, al tiempo que la caliza iba atrayendo los rayos en su zigzaguo

⁵ Martín Sevilla. *Toponimia...*, pp. 76 s.

hacia *Tárano* y *Taranín*, de modo que ya no se dispersaban por los pueblos. De hecho no se recuerdan daños personales en esta zona por efecto de los rayos.

Y comprobados muchos de estos lugares en torno a la citada base **tarn-**, una misma circunstancia atestigua físicamente las devociones de los lugareños. Efectivamente, siempre hay algún tipo de mineral: *fierro*, *manganeso*, *oligisto*, *mercurio*...; o hay simples peñas calizas afiladas con vetas rojas, amarillentas, ocres... Minerales pesados, en definitiva.

Sin duda éstas eran las que atraían los rayos más que el dios invocado: pero todos quedaban contentos, sanos y salvos tras la tormenta. Está muy arraigada esta tradición, considerada hoy, en muchos pueblos, cristiana.

Y tras el dios celta Tarānis, Iuppī ter romano: ‘el dios del cielo luminoso’.

Pero con el paso de los tiempos, los dioses también se fueron readaptando y cambiando de nombres, sin que abandonaran nunca sus funciones, invocados por sucesivos lugareños readaptados, ellos también. Las culturas rurales nunca se detienen tampoco ni en las cumbres de las montañas.

Por citar uno de tantos casos romanizados, sirva el que más abunda: la base léxica derivada de **Iuppī ter, Iovis:** ‘el padre de los dioses, el dios del tiempo atmosférico, del trueno y del rayo luminoso’.

No por casualidad *Piedra Llue* y *El Monte Llue* aparecen frente a *Tárano* y *La Cuesta Tarna*, a uno y otro lado del río y garganta del Cares ya citados.

Como norma general, donde había un dios primitivo, al lado, enfrente, por encima o por debajo, los romanos colocan el suyo, también pagano.

Y, finalmente, los cristianos terminan por colocar un santo o santa para cristianizar al que sólo era latino o prerromano, pero paganos los dos.

La cadena de las culturas, por síntesis o por antítesis, continúa. A lo mejor hoy se coloca un pararrayos último modelo y caminamos seguros con un culto entusiasta a las últimas tecnologías.

En la garganta del Cares, también Iuppiter-Iovis

Esa sucesión, reutilización inteligente de las culturas en el tiempo, es clara en toponimia: como se acaba de indicar, por la escarpada vertiente izquierda (bajando) de la Garganta del Cares, unas peñas están dedicadas a la divinidad **Taranis**, de modo que protegiera a los nativos de los implacables relámpagos y rayos entre los altos de Amuesa y Vega de Ario.

En rivalidad colonizadora evidente, cuando llegaron los romanos a estos altos, y a falta, sin duda, de no poder borrar los teónimos del suelo, ni de la mente de los indígenas, aprovecharon lo que había más arraigado entre los nativos.

En consecuencia, los oportunistas romanos no debieron tener excesivos escrúpulos en colocar enfrente sus propios dioses, en competencia dominadora, al modo de las técnicas mejor marketizadas hoy para otros usos.

Siempre la misma técnica: en el intento de reconducir un mismo producto, se comienza por colocar un nombre comercial al lado que le pueda, por lo menos, hacer sombra, o quitar clientes.

El resultado de los nuevos colonizadores del Cares sobre los indígenas nativos fue colocar un dios rival en la igualmente escarpada ladera derecha de la profunda garganta (bajando de Caín), por la vertiente que asciende hacia Amuesa.

Y así, los romanos situaron en ciertas peñas los derivados de **Iove:** *Piedra Llue* y *El Monte Llue* (sobre La Canal de Saúgu y Culliebro). La función era la misma: proteger aquellas vegas de pastores, de los rayos en días de tormentas retumbando en los abismos del río cabraliego.

Iuppiter, por todos Los Picos de Europa

En el mismo Macizo Central y Occidental de Picos los derivados de **Iuppiter** abundan igualmente. Por ejemplo, *Piedra Llé:* peñón aislado en La Raya, sobre Las Vegas de Sotres, limítrofes con las tierras de Liébana y Cantabria por el Puerto de Áliva, sobre el río Duje.



Atardecer. Picos.

Más al oeste, está *Vega de Llos*, bajo Los Moledizos, ya en la vertiente leonesa de Valdeón y Macizo Occidental: zona muy castigada también por los rayos en las tormentas, según cuentan los pastores de la zona.

Más al oeste, todavía, entre los puertos de Valdepero y Baenu (ya en tierras de Amieva), quedan *Las Mayadas de Lloes* y *Gioves*, con nombres y funciones bien paralelos: una zona alta que atrae los rayos sobremanera en toda la vaguada del Toneyu y Saúgu, El Restañu, El Cabroneru...

Los ejemplos podrían multiplicarse en todas las zonas altas de la Cordillera Cantábrica, donde hay profundos valles que forman gargantas más o menos estrechas entre las calizas más escarpadas y afiladas: *El Sueve*, *Llovio*, *Peña Suves* (en Ponga), etc. Y más al oeste, *Pena Sobia*: entre Quirós y Teverga

Y desde el Tárano lenense, también al dios romano Iovis, en Xuviles

Sirva un ejemplo asturiano más. Es el caso de *La Peñasca Xuviles* (en Lena), altos sobre Bendueños, frente a las citadas calizas de *Tárano* y *Taranín*. Así, el teónimo galo indoeuropeo **Taranis** vino a traducirse en el equivalente **Iuppiter** ('dios del trueno').

De modo que si en la vertiente de Congostinas y Güeches ya tenían los nativos un dios prerromano protector de las tormentas, en la vertiente opuesta de Herías, los romanos eligieron con el tiempo una peña para colocar su propio dios: *La Peñasca Xuviles*.

Y, así, los lugareños, al otro lado del cordal divisorio del Payares con el Güerna, miran desde su valle hacia estas otras peñas de *Xuviles*, en las que contemplan confiados los rayos que se concentran atraídos por la peña, como *Tárano* lo hacía en su ladera de Payares.

Y al tiempo, también balbucean (balbuceaban) su plegaria los del Vache Güerna, ahora a la *Virxen de Bendueños*: la amalgama de culturas solapadas es evidente.

O desde el indoeuropeo Vindonnus, a Santa María de Bendueños

Podríamos seguir multiplicando los ejemplos. Y, así, *Bendueños*, conocido santuario sobre Sotiecho y Alceo de los Caballeros, es un caso más entre las montañas de Lena⁶.

Fuera ya de los truenos y los rayos, en misiones más pacifistas había otros dioses protectores: los que curaban enfermedades.

El paso de las tribus indoeuropeas por Güerna y Lena dejó también el teónimo galo **Vindonnus**, latinizado en nominativo a partir de la raíz adjetiva **vindos** ('blanco'), por asociarse al 'dios solar', tal como aparece en las inscripciones latinas francesas⁷ (una vez más, ver Martín Sevilla Rodríguez).

⁶ J. Concepción Suárez. *Por los pueblos...*, pp. 377 ss.

⁷ Martín Sevilla. "Huellas...", p. 79.

En realidad, la interpretación **Vindos + dom(i)nus** equivalía a **sanctus**, es decir, ‘el dios santo’, ‘el dios sol’, ‘el dios del cielo’, ‘el dios señor todopoderoso’ protector de las vidas humanas y animales, protector de los frutos y las cosechas.

En definitiva, ha de tratarse de una versión más del culto ‘al sol’, como divinidad que todo lo cura, protege y hace germinar.

La voz oral y las devociones culturales, ininterrumpidas en Bendueños hasta nuestros días (*Santuario, Camerín, Camín Francés, Camín de Peregrinos...*), apoyan fuertemente esta cultura.

Y las devociones siguen en parte arraigadas: *ofrecíos descalzos, enfermos con escapularios, ofrendas de animales, novenas...*, siguen vigentes cada primavera por *La Virgen de Bendueños*.

El propio Martín Sevilla explica el proceso para la reutilización del culto pagano: el nombre de *Bendueños* pudiera constituir, pues, “un vestigio toponímico de culto a una divinidad gala **Vindonnus** o al **Apollo Vindonnus** galo”...

Continúa este autor: “tal culto, que apoyaría la presencia de pueblos galos en esta zona de la Península Ibérica, habría sido posteriormente santificado por la cristianización, con la creación de un santuario, fenómeno religioso que parece haberse dado con frecuencia en lugares de culto, o yacimientos culturales precristianos”.

De los cultos prerromanos, al la fiesta de los mineros: Santa Bárbara en Bendueños

Efectivamente, la aldea lenense de *Bendueños* (con resonancias también del mítico y mal identificado **Monte Vindio**) está situada sobre un entorno de peñas, brañas y ríos con nombres prerromanos.

Son los lugares de *Pena Tolóbriga, Pena Ubina, El Meicín, L’Aramo, El río Güerna, El río Lena, El río Nareo, Tárano, Torones, El Picu Corros, Salas, El Dolmen de Carabanés, La Barcelona, La Bárcena, El Curuchu...* (voces todas ellas prelatinas bajo los altos que presiden las Ubiñas).

Los mismos topónimos de los *conceyos* vecinos “*Quirós*” y “*Aller*” completan el mosaico lingüístico de la estructura cultural encadenada: prerromano ***kario**, ‘roca’, el uno; prerromano ***al-**,

‘blanco’ también el otro, aplicado a las aguas del río en forma de una divinidad más.

No ha de resultar tampoco pura casualidad el hecho de que *el camín francés del payares* y *el camín francés del Güerna* confluyan en *Bendueños* a través de Munistiriu de Yanos y de Herías (valle del Payares); y a través del Monasterio de Acebos y de La Cortina (valle del Güerna).

La fuerza imaginativa y cultural de los vecinos está muy por encima de los datos escritos, por mucho que algunos seudocientíficos se esfuercen en vano por soslayar y minimizar los hechos de un ancestral peregrinaje por *Bendueños*. Ahí está inquebrantable la voz oral.

La reutilización de las culturas sigue interminable: no por azar ha surgido en Lena una fiesta nueva (el 15 de agosto), en la que los mineros de Las Cuencas han elegido a *La Virxen de Bendueños* por patrona protectora: le llaman, para la ocasión, *Santa Bárbara*.

Y, así, documentados históricamente o no (eso es lo de menos), unos cuantos mineros se han vuelto devotos a su modo cada verano por *La Virxen de Agosto*. Y seguirá la voz oral.

Y seguirán las transformaciones al margen de los rigores que exijan los datos más empíricos, y los historicistas más empalagosos.

B) LOS CAMINOS

Otras infraestructuras reutilizadas, desde las más remotas actividades ganaderas hasta nuestros días, son, sin duda, los caminos: bastaría pensar que las sendas turísticas trazadas hoy como más vistosas fueron, tiempo atrás, rústicos senderos de ganados en su trasiego estacional⁸.

O baste pensar que las vías del tren entre Xixón y Sevilla fueron tendidas, prácticamente, sobre los caminos empedrados (las **balatas**), inmemorialmente reutilizadas por rebaños y por carros entre las mesetas esteparias del sur, y los puertos de verano más verdes de estas montañas asturianas.

⁸ J. Concepción Suárez. *Por las montañas de Lena*, pp. 387 ss.

Lo sabe bien el márketing y el folclore comercialista montado recientemente en torno a *La Ruta de la Plata*⁹.

La voz prerromana **-aramō** ('el culto en los caminos')

Hasta tenían sus dioses los caminos: el mismo *Aramo*, cordal de enlace entre los altos que dan a Ubiña y los rellanos que conducen al mar, parece que fue un dios galo, a partir de la voz prerromana **-aramō** con el sentido de 'bifurcación'.

De ahí que se dedicara culto a esta divinidad en la 'bifurcación o en la confluencia' de los caminos en estos altos divisorios de los actuales concejos de Quirós, Riosa, Morcín, Lena...

De la raíz prerromana **cam-** ('paso') a la **via strata** romana ('camino empedrado por estratos')

De modo que los *caminos* son otro ejemplo notorio de la ininterrumpida reutilización de una misma infraestructura en los tiempos y culturas más diversas.

La misma palabra del latín vulgar **camminus** parece que procede de otra primera de origen celta, **cam**, con el sentido de 'paso'.

Más tarde los caminos de comunicación principal se interpretaron como **caminos reales**, a partir del latín **realis**, con el sentido de 'natural, perteneciente a la naturaleza' (lat. **res**, 'cosa').

A través de los tiempos se multiplicaron los términos, y se diversificaron las funciones para los mismos referentes de comunicación entre monte y monte, entre la braña y la casa, o entre uno y otro lado de la misma montaña.

De ahí la variedad de nombres: *camín de los vaqueros*, *camín sacramental*, *camín francés*, *camín de peregrinos*, *camín de la prestación*, *camín carril*, *camín carral*, *camín de herradura*, *camín de carreteros*...

En numerosas ocasiones, sin más diferencias que el uso de un mismo camino o senda en distintas épocas del año, o para funciones diversas.

⁹ J. Concepción Suárez. *Por las montañas...*, pp. 35 ss.

Y de las vías romanas, a **Vía de la Plata**, a las vías del tren y a la **autovía**

La llegada de los romanos añadió la voz **via**, para referirse a una 'calzada' ya más amplia, pensada y adaptada a los 'carros'.

Así surge la **via strata** (la 'calzada ancha y pavimentada'), la **strata** o 'camino empedrado por capas'; y la **via *calciata**, por el 'cal' y la piedra caliza utilizada en los tramos empedrados para facilitar el paso de los ganados y el trasiego de caballerías y de carros.

Sobre los mismos *caminos* preexistentes, en muchos casos se fueron trazando con mejoras las *vías pecuarias*, *vías romanas*, *vía de la plata*... Y así se llegó a la *carretera*: antes *vía de carros* y *de carretas* que de *coches*, claro está (a los que hubiera convenido mejor la voz actual *cochera*).

Finalmente, el *viaducto*, la *autovía*, la *autopista*, las *vías del tren*..., no hacen más que arriesgarse en nuevos tramos con el apoyo de topoderosas maquinarias. Pero siguiendo casi siempre las estrategias de los caminos más remotos: en muchos casos paralelas o por los mismos trazados preexistentes.

Sirva un ejemplo anecdótico: las vías de RENFE del Payares, en sus vueltas y revueltas entre Campomanes y Busdongo, van paralelas a tres caminos antiguos: la Vía Romana de La Carisa (la más cimera, antes *vía pecuaria*); *el camín de los vaqueros* (la del medio); y *el camín de carreteros* por Fierros y La Frecha (la del fondo del valle, la relativamente más reciente).

Y como una paradoja más, La Autopista del Güerna va paralela al *camín francés* entre La Cortina y Sotiello.

Más aún, cuando se siguen proyectando variantes del Payares, parece que no queda otro medio ni remedio en toda Asturias que seguir desgazando bosques y brañas, al paso obligado por los mismos caminos de siempre que cruzan Lena.

Hasta un apresurado *gaseoducto* (una conducción más) no encontró mejor camino al centro regional asturiano, que el corazón y las entrañas de Valgrande, asustando hasta las mismas *fayas* y *acebales* ya puestos a temblar.

C) LAS VIVIENDAS

La voz prerromana cor-r- ('recinto, cercado')

Un último apartado podemos considerar en la sucesión de las culturas con el tiempo. Tal vez la raíz más lejana, que atestigua con seguridad la referencia a la rústica vivienda organizada, sea la del céltico **cor-r-**: 'construcción circular, cercado'.

Al margen quedan las 'cuevas' o las 'barracas', 'los curuchos', por ser más difusas sus referencias toponímicas a la estancia humana.

Efectivamente, la base prerromana **cor-r-** designa lugares asturianos, donde se atestiguan, por tradición oral y por las *murias*, residencias habituales durante todo el año, o sólo en la estancia veraniega de la braña.

Es el caso de los relativamente abundantes: *Corros, Curriechos, Curreverano, Corro la Tienda, La Corra Vieya, Corripo, Corripio, La Corrona, La Corraína, La Corraona, Los Corraones, Los Corralones, El Vache Corrales...*

Se trata de la voz prerromana, tal vez céltica, **corr-** ('recinto, cercado'), que designaba formas circulares para la protección de la estancia humana y animal; antes, simples viviendas de piedra con techumbre cónica; y para la protección de los sembrados y las paradas, o *paraxas*, de los pastos ganaderos, más tarde.

Una circunstancia une los *corros*: los destinados exclusivamente a viviendas humanas y animales están estratégicamente situadas en lugares altos, al resguardo de los mismos picachos.

Pero se levantaron en parajes desde los que se controla una buena parte de la ladera propia y de la que está enfrente por el mismo valle. Son notorios, hoy todavía, los *corros* de las *brañas*.

Las voces latinas castrum, castëllum ('recinto fortificado, ciudadela')

En continuidad (algunos en contigüedad misma) con los *corros*, parece que están los *castros* y los *castiechos*: ya en latín **castrum** ('recinto fortificado, refugio, ciudadela'), y **castëllum** ('castro pequeño, lugar fortificado').

Ambos sistemas, de vivienda y de defensa a un tiempo, debieron coexistir, de forma obligada o con buen ceño, a juzgar por ciertos datos.

Por ejemplo, en Lena, un mismo saliente cónico sobre Campomanes (catalogado por J. M. González¹⁰), siempre fue conocido como *El Castiechu* por los vecinos de Malveo; en cambio, los demás pueblos del concejo le llaman *Picu Corros*.

Esta coexistencia de nombres sobre un mismo lugar fortificado ha de tener una explicación: todo hace pensar que la palabra prerromana **corros** fue sustituida por los colonizadores romanos, y traducido el topónimo en **castëllum**.

De este modo, los pobladores nativos desplazados del picacho al nuevo asentamiento incipiente en *Malveo* (el lugar de las 'malvas'), siguieron fieles (por voluntad o por fuerza) a la nueva imposición lingüística romanizada.

En cambio el resto de nativos distribuidos por los demás *curuchos* y *corros* del concejo, fieles a su tradición prerromana, siguieron con la voz celta.

En esta ocasión, tampoco los romanos pudieron con los nombres: permanecieron superpuestos los dos. Hay más casos parecidos en el conjunto asturiano (algunos en el proceso inverso).

El caso es que los derivados de la base latina ya son muchos más en asturiano: *El Questru, Castro, El Castro, Castiello, Castiecho, El Castiechu, El Castión, Castrillón, Castropol...*

Con una circunstancia añadida: donde había un lugar con base prerromana (**corro**), al lado, enfrente o próximo hay uno de base romana (**castro, castiechu**). La continuidad o contigüidad es evidente, sobre el terreno por lo menos.

Y de los castros, a las villas ('la finca rústica, la unidad de explotación rural organizada')

Poco a poco, en continuidad con los *corros*, los *castros* y los

¹⁰ J. M. González. *Miscelánea...*, p. 112.

castiechos, van apareciendo las *villas*: si los primeros están por los altos, casi a la cima del cordal (más bien pensando en la vigilancia), éstas se fueron levantando a media ladera, en los mejores espacios más adecuados para el cultivo y los sembrados (pensando ya en la explotación del suelo y la estancia prolongada).

Así se sitúan las abundantes *villas* asturianas (lat. **villa**, ‘casa de campo, granja, finca rústica, unidad de explotación rural’).

Por citar algunas: *La Villa, Sovilla, Villapedre, Villabona, La Vicha Baxo, La Vicha Cima, Cimevicha, Fondesvicha, Vitsaxime, Vitauritse, Vitsamarcel, Vitsauriel, Vitsamaor, Vitsabre, Vistrimir...*

En muchos casos, la primitiva explotación rural organizada fue creciendo con los colonos allegados a la casa principal, hasta formar un poblado relativamente grande.

Siempre con una circunstancia: la casa familiar, la del señor de la *villa*, suele ser un caserón en lo mejor del pueblo, con sus cuadras y anexos alrededor. Es la zona del pueblo en la que antes sale el sol en la mañana, y en la que más tarda en quitarse al atardecer.

El resto de las casas se fueron añadiendo (arrimando) progresivamente en los espacios peores, los menos soleados y más pendientes del pueblo: lo mejor, para los sembrados y para el señor; lo menos malo, para los privilegiados y allegados; o para los alejados.

Villas y villares diseñados hasta en el nombre

Detalles de este tipo se observan, sobre todo, en las villas de montaña, con grandes diferencias de casas orientadas al este, al poniente, o, simplemente y a la fuerza, al *puru norte* (al *ventestate*).

En todo caso, lugares llamados *La Casona, El Palacio, La Torre...* dentro de la *villa*, nunca son espacios en desventaja, ni posesión de los menos pudientes, cargados de familia.

En otras ocasiones, la *villa* no se transformó en poblado: se quedó en simple conjunto de fincas dependiente de un núcleo rural mayor, al que se pudo trasladar la estructura original.

Puede ser el caso de esas villas que van adjetivadas con una cua-

lidad o circunstancia adyacente: *Vicha Quemá, Vicha Seca, Villa Verde, Villa Fría...*, o con el sufijo diminutivo.

Estos *villares* (‘en relación a la *villa*’) son a veces aldeas muy pequeñas, casi intermedias entre la casería y el poblado mayor: *Vichar, Vicharín, Vichareyo...*

Por el contrario, en algunos casos, los menos, la explotación señorial llegó a nuestros días en forma de pueblo grande: *Villa Nueva, Villa Yana, Villa Mayor, Villayón...*

En fin, una vez más, bastaría contemplar cualquier *mosaico topográfico*, encaramados en cualquier alto sobre un pueblo, para “leer” en los nombres del suelo, y en la distribución de las propiedades, toda una cadena de estrategias selectivas en lucha ininterrumpida a la conquista de parajes, paisanos y paisajes.

Que todo lo lleva el nombre

Hay diseñada en el suelo toda una historia de estrategias jerarquizadas, desde la vida semisalvaje en los *curuchos, corros* y *castiechos* de los altos, hasta los pueblos más organizados en los espacios más placenteros de las laderas a media montaña.

En los llanos y costas junto al mar, en cambio, tal vez se aprecien peor las diferencias.

En todo caso, los topónimos están ahí para contarlos, como relataba un anciano casi ya centenario, pero con muy buena memoria (de lo bueno y de lo menos bueno):

“Cuando diba un padre cargáu de fíos a empeñar una finca pa matar un poco la fame a tantas bocas de la “reciet-sa”, al señoritu nun-y facía falta conocer las fincas pa quedase con las meyores y mayores, non: bastaba-y oyer el nombre en sin movese del portal y l’antoxana d’entecasa.

Y nun se equivocaba el señoritu una migaya: mandába-y al desgraciáu pasar por alto en *El Curuchu, El Castiechín, El Quentu, El Caliru, El Tacón, La Manga, La Borroná, L’Arganal, La Quemaona, El Carrascal, Carquiseo, El Bescón, El Sutiquín...*

Mandaba-y detenese, en cambio, en La Vicha, El Vichar, La Veiga, Misiegos, Los Cheronos, El Masgaín, El Corraón, Los Corrales, La Paradiecha, La Mortera, El Xitu, El Cortinial, La Chinariega...

Y nun diba desencamináu, non

–me contaba con gracia el *payariegu casi centenariu ya*.

Que todo, en fin, lo van llevando los nombres de tiempo en tiempo.

En conclusión: un mismo lenguaje del suelo en distintos tiempos y espacios.

La toponimia forma todo un lenguaje específico comunicativo y muy concreto: el lenguaje del suelo, aquel que fue recogiendo las experiencias, perspectivas, y sentimientos de los lugareños, en todo un *corpus* (un *lexicón* organizado), casi sin estudiar, todavía hoy, en estos aspectos pragmáticos.

Este lenguaje toponímico nunca se detuvo de tiempo en tiempo: en él están presentes los proyectos y costumbres de los nativos de los altos en los veranos de las *las brañas*; y en él están presentes las imposiciones, manipulaciones y violencias de los dominadores con mejor o peor ceño.

Y están presentes los tiempos del *márketin* y *el ordenata*, cuando calculamos si serán más rentables los tradicionales nombres de una braña reconvertida en pista de esquí (*La Ventosa, L'Escubiu, Peli-grao...*); o si no serían más comerciales los nuevos y acicalados *El Valle del Sol, La Olla, El Tubu, El Mirador de...*

Lo saben bien algunos diseñadores de las pistas, tan aficionados ellos y ellas a rebautizar las brañas de siempre con nombres tan fuera de lugar. Baste contemplar el penúltimo diseño toponímico de la Estación Invernal de Payares.

También son asturianos *Lamadrid, La Vega la Valencia, los praos de La Barcelona...*

Y este lenguaje es, además, casi universal: no tiene más fronteras

que las impuestas por las barreras puramente fónicas, a un lado o al otro de las regiones y las montañas.

Sirvan tres ejemplos más: *Lamadrid, La Barcelona, La Vega la Valencia*: los tres encontramos en nuestra toponimia menor asturiana y cántabra.

Lamadrid: lat. *matrice* ('lugar que genera agua')

Mucho se ha discutido, ciertamente, del topónimo *Madrid*, siempre rebuscando entre orígenes poco menos que sagrados y nobles, como ha de corresponder –piensan algunos– a una gran ciudad: se habla de acontecimientos heroicos, de mitos prerromanos, de cultas voces árabes...

Pero no parecen demasiados los que se pararan a pensar que en la voz *Madrid* (a juzgar por el topónimo cántabro *Lamadrid*) pudiera tratarse de una simple referencia al 'agua': a la 'madre, la matriz, el lugar del nacimiento de unas aguas', superficiales o subterráneas, como parece que es el caso de la capital del país.

El origen de *Madrid* parece más sencillo, en consecuencia: el latín ***matrice*** (con *î larga*), a través de cualquier derivado cualitativo o colectivo¹¹.

Si conocidos son los problemas de *Madrid* con las aguas subterráneas en las construcciones por ciertas zonas, nada tiene de raro que una gran ciudad se hubiera expandido, precisamente en torno a un lugar más abundante en agua. Lo mismo hicieron antes las tribus primitivas en cualquier rincón del mundo. En algo todos somos, por lo menos, iguales.

Pero en la toponimia asturiana y cántabra tenemos la misma voz con morfemas iguales, o un poco modificados: *Lamadrid* (pueblo y apellido de Cantabria y de Cabrales), *La Madre'l Casañu* (manantial caudaloso bajo Comeya y Belbín, M. Oc.de Picos, Onís), *La Fuente la Madre, La Madregona, El Madronal* (Lena), *El Madrusu* (Quirós)...

¹¹ E. Nieto Ballester. *Breve diccionario de topónimos...*, p. 224.

En todos estos lugares nacen arroyos, fuentes o manantiales que van formando regueros mayores: son, ciertamente, 'la madre, la matriz, el lugar que genera agua' y, en consecuencia, aldeas, villas, ciudades.

La Valencia: lat. *vālentīa* (tierra 'vigorosa, fértil, estratégica')

Los alleranos tienen también su *Valencia*: *La Vega la Valencia* es la rica y productiva campera que une los puertos veraniegos del Mayaín, L'Utiru, La Ordaliega, La Tabierna..., limítrofes con Casu por El Puerto de Cotorgán, bajo las cimas del Retriñón y Torres.

Y los propios alleranos dan sin querer la clave del nombre, como los valencianos de Valencia dan la clave del suyo, en aquellos fértiles campos mediterráneos.

Salvando las distancias marcadas por el clima en ambos casos y alturas, la motivación del topónimo es la misma: el aprecio por las circunstancias de una buena tierra apta para la estancia prolongada.

El Puerto de la Valencia en los altos de Felechosa es, ciertamente, una fértil y escondida braña de verano, al cobijo del viento norte, bien orientada al este y al oeste, que aseguraba, tiempo atrás, una prolongada estancia de los vaqueros y los ganados, entre los meses de mayo y el otoño.

El Puerto de la Valencia es la vega más llana y productiva en aquel entorno de cumbres escarpadas de Sobrescobio, Aller y Caso, entre El Retriñón y El Picu Torres.

En épocas primitivas debió sumar la circunstancia de la 'defensa estratégica' en los *castros* y *castiechos*, sobre los altos de los valles que culminan en ese Picu Torres (bien indicativo), ya en los altos de San Isidro.

Autores como Josep M^a Albaigès o Emilio Nieto Ballester¹² interpretan el topónimo de *Valencia* (la del Mediterráneo) como un derivado del sustantivo abstracto *vllent0a*, con el sentido de 'poder, capacidad, vigor, valor'.

Aplicado al terreno, quiere decir 'bueno' por su situación geográfica, defensiva, productiva..., según los casos.

¹² Josep M^a Albaigès. *Enciclopedia...*, p. 625.

Así se aplicó a las muchas *Valencia* que abundan por varias geografías regionales: *Valencia de Don Juan* (León), *Valencia de Alcántara* (Cáceres), *València d'Àneu* (Lleida), y otras muchas como *La Vega la Valencia* allerana.

La Barcelona: **barcinona* (*bárcena* grande, 'vega, lugar con agua')¹³

Y, finalmente, en Lena están las fincas de *La Barcelona*: vaguada de pastos húmedos, subiendo desde Puente los Fierros a los altos del Curuchu Braña y Yanos de Somerón.

La clave del topónimo *La Barcelona* la dan, también una vez más, los propios vaqueros: es la única zona con agua en toda la vertiente; hay un pequeño manantial que no seca en todo el año. El resto de la ladera es, más bien, seco.

Rebuscando entre los etimólogos aparece, ciertamente, la voz prerromana **bar* ('vega, agua'), que dio **barca* > **barga*, con el sentido generalizado de 'lugar fértil sobre el agua'.

Y los lugareños han de tener razón, también en este caso: todas las *Bárceñas* asturianas comprobadas (*Bárcana*, *Barcinietsa*, *El Barganal...*), son abundantes en 'agua', son lugares húmedos, lamizos, junto a los ríos, *chamarguizos*...

El cotejo de muchas *Bárceñas* asturianas descarta el supuesto origen antroponímico propuesto por algunos teóricos para la *Barcelona* catalana: se habla de un imaginado *Barcino*, en relación con la familia cartaginesa de los *Barca*.

Ni mucho menos, hace falta ir tan lejos, pues ninguno de los *Amilcar* ni de los *Barca* habría andado por los *andurriales* lenenses de Fierros, ni por *Bárcena* de Quirós.

La cuestión es bastante más sencilla, como en el caso de *Madrid*: *El Mayéu la Barcelona* puede proceder de *La Barcenona*, es decir, de una *bárcena* con sentido aumentativo, con disimilación fónica esperable entre las dos sílabas nasales /*no-na* > /*lo-na*/, con-

¹³ J. Concepción Suárez. *Por las montañas de Lena*, pp. 74 ss.

vertida en líquida la primera, y manteniendo el mismo punto de articulación alveolar.

En fin, el lenguaje toponímico no conoce más barreras en lo amplio de los espacios y a lo largo de los tiempos, que las impuestas por las fonéticas regionales a uno y otro lado de las montañas: en ocasiones con perspectivas demasiado estrechas y cortas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. ALBAIGÈS, Josep M^a (1998): *Enciclopedia de los topónimos españoles*.- Ed. Planeta. Barcelona.
2. CONCEPCIÓN SUÁREZ, J. (1992): *Toponimia lenense*.- IDEA. Oviedo.
3. CONCEPCIÓN SUÁREZ, J. (1995): *Por los pueblos de Lena*.- Ed. TREA. Gijón.
4. CONCEPCIÓN SUÁREZ, J. (1998): *Por las montañas de Lena*. Ed. KRK. Oviedo.
5. COROMINAS, JOAN – PASCUAL, José (1980): *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*. 6 tomos. Ed. Gredos.
6. DAUZAT, A.-ROSTAING, Ch. (1984): *Dictionnaire étymologique des noms de lieux en France*. Ed. Librairie Guènégaud. París.
7. GONZÁLEZ, J. M. (1976): *Miscelánea histórica asturiana*.- Oviedo.
8. MENÉNDEZ PIDAL, R. (1968): *Toponimia prerrománica hispánica*.- Ed. Gredos. Madrid.
9. NIETO BALLESTER, E. (1997): *Breve diccionario de topónimos españoles*.- Ed. Alianza Editorial. Madrid.
10. ROBERTS, Edward A y Pastor, B. (1996): *Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española*. Alianza Editorial.
11. SEVILLA RODRÍGUEZ, M. (1980): *Toponimia de origen indoeuropeo prelatino en Asturias*.- IDEA. Oviedo.
12. SEVILLA RODRÍGUEZ, M. (1981): “Huellas de dioses célticos”.- *Cuadernos del Norte*, nº 8. Oviedo.